

— Mi hija ! ; mi hija ! ; ¿ Quién sois ? ¿ Qué habeis hecho de mi hija ?

El guerrero se alzó la visera y la reina reconoció en él á Roldan.

— ¿ Adónde se han llevado á mi hija, Roldan ?

— Esto os ha mandado el Rey ?

— Confiad, señora, en que está en mis manos: respondió el caballero.

— No, no confio en nadie: ¿ dónde está ? ¿ dónde está mi hija ? exclamó la reina.

Y seguida de Castana, que habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel suceso inesperado, se precipitó por la puerta sin saber adónde iba.



CAPITULO X.

De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos.

Viendo cerca del pecho las cuchillas mudó la voz y dijo: Caballeros.....
¿ Asi infamais los inclitos aceros ?
ULLOA.—La Raquel.

La reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchos corredores sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

— Mi hija ! ; mi hija ! ; gritaba la reina de vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabia aún si por mandado de su esposo se la habian quitado ó no; si aun estaba ó no segura su vida.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron á una puerta donde se hallaban de guardadores dos hombres de armas. La reina, sin verlos siquiera, se lanzó hácia la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

—¿Qué haceis? les dijo doña Inés. ¿Sabeis que os oponéis al paso de la reina?

Los hombres de armas no respondieron, y tranquilamente se apoyaron sobre sus partesanas, como antes estaban.

Doña Inés comprendió que aquello podía muy bien tener relacion con el rapto de la princesa.

—¿Sois vosotros, tornó á decirles, los que guardáis á mi hija? Dejadme que entre y la dé siquiera un beso; mirad, guerreros, que soy su madre.

No respondieron ellos tampoco; pero en aquel momento salió de lo interior de la sala un hondo gemido.

Doña Inés se estremeció; la voz era muy conocida de ella y penetró en sus entrañas.

—¿Quién está ahí? exclamó llena de horror.

Otro gemido mas doloroso que el anterior volvió á escucharse.

Doña Inés, sin mas poderse contener, se arrojó á la puerta; mas los soldados volvieron á cruzar sus armas delante de ella, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella gritando:

—Etais herida, señora, herida! ; Favor, favor, que han herido á la reina!

Oyéronse entonces unos pasos un tanto presurosos en lo interior de la estancia, y uno de los hombres de armas le dijo al otro:

—Oye, Corberan, pareceme que nuestro prisionero se levanta y que viene hácia acá; bueno será que entres adentro mientras yo guardo la puerta.

Y en esto las sombras de la noche habian inundado completamente el espacio: los aposentos del alcázar se miraban todos en la mayor oscuridad: no se hallaban por ninguna parte escuderos, ni servidumbre; las únicas personas que ocupaban el lugar de la escena eran aquel hombre de armas que habia quedado plantado en mitad de la puerta, inmóvil y silencioso, y á poco trecho dos mujeres llorosas y aterrorizadas, que eran la reina doña Inés y Castana.

De pronto se alzó de junto á ellas una figura negra y corpulenta, con ojos de fuego que brillaban aun entre lo espeso de las sombras.

Doña Inés no pudo reprimir un ay de espanto: Castana lanzó un grito de alegría.

—¿No ves, Castana? ¿no tiembles? dijo la reina.

—Lejos de temblar, señora mía, no quepo en mí de gozo: es el almogávar, aquel almogávar que salvó la vida á mi señor el rey el dia de las fiestas.

—¿De veras? exclamó llena de júbilo la reina.

—Oh! pues que corra al punto, porque dentro de ese aposento he oido gemir á mi esposo; era él,

era él, y Dios sabe si lo habrán muerto los asesinos que me han robado á mi hija.

—Confíad, señora, en su valor, que él es capaz, según yo creo, de acabar solo con todos los asesinos del mundo.

A la sazón el almogávar se mostraba como dudoso y sin saber hacia donde dirigir sus pasos: hartos se conocía que era la primera vez que andaba por tales lugares; y que como acababa de entrar en la oscuridad no le era dado distinguir á las dos mujeres que allí estaban, puesto que á él muy bien le distinguían ellas.

Castana se le acercó silenciosamente, y tocándole en el brazo con dulzura, le dijo:

—Almogávar, ¿quieres servir de nuevo al rey en cosa en que acaso le vaya la vida?

—¿Quién eres? respondió el almogávar. ¿Eres por ventura alguna dama encantada de esas que dicen que suelen habitar en los palacios y castillos? ¿De qué rey me hablas? Si fuese del de Aragon, mi señor, no tienes mas que disponer de toda mi sangre en su servicio; mas si es de algun rey moro, de aquellos que levantaron este alcázar, no digas mas, que soy cristiano, aunque pecador, y mis abuelos fueron godos por todos cuatro costados, y antes que no á servir aprendí á matar reyes de ese jaez. Y aun si quieres que te desencante y está en poder humano, yo lo haré de muy buena voluntad, que puesto que seas mora, todavía ha de valerte la dulzura de tu voz y la hermosura que en tí imagino sin saber por qué.

—Menos imaginaciones, señor almogávar, y vamos á las obras. Yo no soy mora, ni estoy encantada, ni soy otra que la honrada Castana, doncella de la reina doña Inés, á quien sirvo; la cual está aquí á nuestro lado, toda llorosa, porque en aquel aposento frontero ha oído gemir muy tristemente á su esposo, el rey don Ramiro, y recela que le haya acontecido alguna desdicha.

—¿Qué dices, mujer? exclamó en alta voz el almogávar. ¿Al rey, desdicha? ¿Quién osará ofenderle que no muera al punto á mis manos?

—Sálvale, almogávar; sálvale, dijo entonces la reina doña Inés señalándole la puerta.

—Tened, repuso Castana. Hay dos hombres de armas en el aposento; cuidado no os mieguen la entrada.

—¿Qué es negar? repuso con terrible acento el almogávar, y echó mano á sus dardos, teñidos á la sazón de fresca sangre.

Lo distante del lugar donde esta conversacion pasaba y lo oscuro de las habitaciones impidieron que el atalaya se apercibiese al pronto de quienes eran las personas que hablaban; que puesto que divisase al lejos los bultos, creyó por algun tiempo que eran los que hacian las mujeres que habia despedido, sin reparar en la figura del almogávar. Las últimas palabras dichas por éste con fuerte acento, le dieron á conocer que habia allí un hombre; y á tiempo que Aznar Garcés, pues tal era, como sabemos, el nombre del almogávar, ponía mano á sus dardos, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién vá?

—Un escudero del rey, respondió Aznar, que os manda que dejéis libre esa entrada para él y estas damas que con él vienen.

—Pues volveos por vuestro camino, escudero, repuso el otro, que no hay por aquí paso esta noche.

—Si lo habrá, dijo Aznar, aunque haya de servir de almohra tu maldito cuerpo. Y asestando contra él uno de sus dardos le partió el corazón, de suerte que no acertó á dar un gemido.

—¿Que no le mate! exclamó la reina.

—Rogad á Dios por su alma respondió Aznar.

Y apartando el cadáver de la puerta sin otra ceremonia que un puntapié, entró adelante seguido á alguna distancia por la reina y Castana.

Halláronse primero con una antesala estrecha, y de allí pasaron á un aposento mayor, en el fondo del cual se descubria una puerta, por cuyas rendijas salian los reflejos de una luz opaca y casi perdida en aquel espacio tan ancho.

Al llegar como á la mitad de este aposento, la puerta se abrió y apareció ante ellos el otro hombre de armas, que sin duda volvía á reunirse con su compañero, el que quedó de atalaya. Y no hay mas sino que lo logró, aunque no como él imaginaba; porque á la verdad á éste no le dejó preguntar quién vá el almogávar, sino que desnudando la corta y ancha espada que llevaba al cinto, se fué para él gritándole al propio tiempo, con salvaje alarido:

—Vas á morir!

Sorprendido el contrario, apenas tuvo tiempo bastante para esperarle con la partesana.

Aznar de un solo golpe cortó el robusto mango de roble de aquel arma y echó á tierra la cuchilla. Dando en seguida un salto y otro alarido horrible le asió con la siniestra mano el cuello y con la diestra le sepultó en el pecho la hoja de su espada.

Aquel hombre de armas cayó como el otro sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

Al sentirse el ruido de la caída, apareció al dintel de la puerta el rey don Ramiro trayendo en la mano una pequeña lámpara de donde salia la escasa luz que en derredor se percibia.

No bien apareció, la reina doña Inés se adelantó precipitadamente á encontrarle, y el almogávar, envainando la espada, se paró ante él en respetuosa apostura.

—¿No os han hecho nada, esposo mio? dijo la reina.

—Nada si no es tenerme preso; ¿paréceos poco para vasallos? ¿Erais vos quien gritabais hace poco? No sé cómo habeis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo! exclamó Castana. ¿No veis quién viene con la reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogávar que os salvó en otro tiempo la vida; él ha derribado á sus piés cuantos estorbaban el paso: no le hay mas valiente en el mundo.

—¿Aznar! dijo entonces el rey, ¿cómo podré pagarte lo que te debo! ¿Te has perdido por ha-

terme favor! Las puertas están tomadas: te cogerán aquí dentro y te matarán.

—Ya abrí yo, señor, entrada á pesar de los rebeldes, que Dios confunda. Venid conmigo si queréis al postigo que da á la puerta *Desircata*, y le hallaréis de par en par, porque los dos hombres de armas que la guardaban cayeron muertos como estos.

—Qué dices, Aznar? ¿Podremos huir por allí?

—Sí podréis, respondió Castana al punto; que yendo con Aznar no ha de aconteceros desdicha alguna.

—Apresurémolos, pues, repuso el rey.

—Tened, señor, dijo Aznar. Será bueno que os armeis; yo le quitaré el casco, y cota, y espada á este malsin que es muerto, y servirán para vos si bien os place.

—Armas! exclamó el rey. ¿Hallaremos por ventura quien nos cierre el paso?

—¿Quién sabe! respondió el almogávar meneando la cabeza.

—Oh! pues entonces no os espongais, señor, no os espongais, dijo doña Inés. Quedaos aquí; ¿qué mal han de hacer os vuestros vasallos?

—No se prende á un rey por lealtad ni por cortesía, doña Inés; dígoos que no sé la suerte que podrían depaarme. ¿Y la un procijs que esto vaya encaminado contra mí? No adivináis que la causa de mi prision es el que quieren esos ricoshombres disponer á su antojo de nuestra hija?

—Ay de mí! prorumpió entonces doña Inés con un copioso llanto. Yo inquieta, temerosa, horri-

zada, por no daros mayor pena os he estado ocultando lo que pasa. Me han quitado á nuestra hija!

—Me la han robado. La he buscado por todo el alcázar y no he podido dar con ella. Dios mio! Dios mio! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué les lo que van á hacer con mi hija?

—Eso me ocultabais, doña Inés, dijo don Ramiro. ¿Y cómo dejasteis que os la arrancaran de los brazos?

—De la propia suerte quizás que vos dejasteis que os prendiesen, dijo doña Inés sollozando.

El rey notó que el rubor le quemaba las mejillas, y volvió á sentir en sus venas aquella escitacion poderosa de dignidad y de ira que tanto maravilló á los ricoshombres en la mañana de aquel propio dia.

—Esta bien, doña Inés, respondió. Yo vengaré esa afrenta mia y á la par rescataré á nuestra hija. Por su vida no temais, que harto les importa á los grandes el conservarla para disponer á su sombra del reino. Quedaos en este alcázar hasta que yo venga, que á vos tampoco han de faltáros en cosa alguna; antes les importa que mostreis conformidad con vuestra suerte. —Aznar, dame esas armas.

El almogávar le ayudó á que se las vistiese, no sin gran dificultad, porque al rey, á pesar de su buen ánimo, eranle harto molestos aquellos desusados atavíos.

No bien le vió armado, dijo el almogávar si con gran respeto con no menor firmeza:

—¿Vamos, señor?

—Vamos, respondió el rey. Doña Inés, ¿no dais á vuestro caballero alguna presea ó divisa? Voy á hacer mis primeras y últimas armas; favorecedme con la protección de vuestro nombre.

Doña Inés no le respondió por de pronto; mas arrancando de su cintura una cinta blanca muy ancha y bordada de oro, la ató en el brazo de su esposo, diciéndole al propio tiempo:

—Ahí van mi color y mi mote, don Ramiro.

El rey miró las letras primorosamente bordadas en la cinta y leyó de esta suerte: *Sin esperanza.*

—¿No la teneis de ver á nuestra hija?

—Sois muy cruel, señor, repuso la reina, y se cubrió el rostro con las manos.

Don Ramiro la saludó reverentemente y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta prolongada conversacion, el almogávar habia dado señaladas muestras de impaciencia, y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del rey.

Castana, que habia recogido la lámpara de manos de don Ramiro, fue á alumbrarles algun trecho hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol que bajaba á uno de los patios del alcázar.

Al despedirse allí se inclinó Castana al oído del almogávar y le dijo:

—Si no llevais divisa ni mote, va con vos mi esperanza, Aznar; cuidad que mucho confio en ella; cuidad que no me la perdais y que os vea yo volver sano y salvo.

El almogávar fijó en ella los ojos con cierta es-

traneza; mas notando el dulce color con que la vergüenza bañaba sus mejillas, y la tierna expresion de sus ojos, le contestó:

—Yo cuidaré de tu esperanza, muchacha; que puesto que hasta ahora no haya estimado la vida en valor de un ardite, al verte á tí interesada por ella se me antoja que es cosa de algun precio.

No hubo tiempo para mas. Don Ramiro y el almogávar desaparecieron en la primera revuelta de la escalera, y Castana volvió al aposento donde habia dejado á la reina, á la cual halló puesta de hinojos y orando.

Don Ramiro la saludó reverentemente y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta prolongada conversacion, el almogávar habia dado señaladas muestras de impaciencia, y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del rey.

Castana, que habia recogido la lámpara de manos de don Ramiro, fue á alumbrarles algun trecho hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol que bajaba á uno de los patios del alcázar.

Al despedirse allí se inclinó Castana al oído del almogávar y le dijo:

—Si no llevais divisa ni mote, va con vos mi esperanza, Aznar; cuidad que mucho confio en ella; cuidad que no me la perdais y que os vea yo volver sano y salvo.

El almogávar fijó en ella los ojos con cierta es-